

Oscuro objeto

Marina, José Antonio. *Las arquitecturas del deseo. Una investigación sobre los placeres del espíritu*. Barcelona, Anagrama, 2007.

La aparición de una obra de José Antonio Marina supone un placer ilimitado y una sorpresa siempre renovada para quienes nos movemos en el proceloso universo de la filosofía. Intelectual de indiscutible erudición y autor provisto del difícil y privilegiado don de las buenas artes literarias, su lectura proporciona a la par el deleite que genera el estilo consumado y el provecho que brinda una investigación exhaustiva. En cualquiera de sus libros menudean al mismo tiempo los extractos poéticos –pues el filósofo ha sabido resistirse a la ridícula pudibundez que sienten algunos con respecto a la poesía–, los comentarios sobre novísimas aportaciones científicas o las referencias a pensadores que, como Freud o Sartre, han caído hoy en un olvido quizá demasiado presuroso. Todo ello, en fin, produce un resultado de gran plasticidad y belleza, de sabiduría y fina inteligencia, jalonado en un lenguaje accesible y bastante alejado de los tecnicismos monstruosos que suelen dificultar el acceso del profano al pensamiento filosófico.

Formalmente, el libro que reseño participa de estas virtudes. Quiere aspirar, en un primer momento, a realizar una suerte de psicoanálisis social, una investigación ajena a toda construcción teórica previa. Lo que no merece ningún reproche; sin embargo, en cuanto se aventura una teoría, una explicación –que puede muy bien ser delirante– a un fenómeno ignoto, las posibilidades de dar con la verdad aumentan: basta con que la corrobore la experiencia. Es más fácil ganar una partida al ajedrez si se dispone de antemano con una estrategia que mover las piezas por los espacios vacíos que deja el contrario y planear el ataque en función de sus errores. El proceder de nuestro pensador adolece de similares inconvenientes. Tiene la ventaja, empero, de ir recogiendo agudas observaciones, ideas felices que, poco a poco, van conformando un sistema posterior un tanto etéreo. Paso a explicarme.

El fenómeno del deseo es de por sí ignoto y oscuro. Procede del infinito ámbito de lo inconsciente, del que participa también el pensamiento, acaso en sus formas especulativas. Desde la antigüedad, bastó tal origen para considerarlo peligroso o, por lo menos, no exento de una mínima sospecha. Y cayeron sobre él fáciles acusaciones, las cuales habían de girar en torno a su carácter subversivo y antisocial. Ahora bien, en la actualidad, como ve con acierto nuestro autor, los papeles se han cambiado, y el deseo, merced a la sociedad de consumo, goza de una nueva e, incluso, respetable reputación. Es la nuestra una sociedad hecha desde y para los deseos, por lo que resulta imperativo un aproximación teórica a éstos, máxime si tenemos en cuenta que, históricamente (y excepción hecha de algunos intelectuales), no se ha llevado a cabo una teoría en torno a esa aguda comezón que trastorna la existencia de los individuos en cuanto aparecen en el mundo. En este

sentido Marina establece un espectacular arco explicativo que arranca con las pulsiones –herencia indiscutible del pasado animal de la persona-, pasa por el deseo y llega hasta el proyecto, cuestión esta última humana por excelencia. Es digno de notar que coincida con las tesis ontológicas de Ortega y Gasset, quien fue, entre nosotros, el primero en considerar la esencia del hombre cual nuda tarea proyectiva. Es relevante dado que el creador de la obra que estoy reseñando no reconoce ninguna deuda con la filosofía orteguiana.

En cualquier caso, hay una gradación entre aquellas tres instancias, incluso una depuración en las mismas, que se lleva a cabo merced al propio crecimiento. Lo cierto es que, frente a un origen idéntico, las diferencias más notables que se dan entre las pulsiones y los deseos estriban en que los segundos no obedecen a un rudo mecanicismo, incluso suponen una ruptura de la acción. En rigor, el objeto deseado se tiñe siempre de un sospechoso claroscuro, mejor dicho, yace entre las sombras y no en la luz, por lo que el filósofo se esfuerza por desvelar las penumbras que giran en torno al asunto. Sin embargo, prescinde de la rica multiplicidad en la que van evolucionando las tensiones que mueven al ser humano hasta el objeto, sea el que fuere, y que pueden constituirse en el mero capricho, el deseo o la exaltación del anhelo. En todas ellas es perceptible la distinta relación que guardan con la consciencia, la cual apenas se ve determinada en el primer caso mientras que en el último suele estarlo por entero. Esta distinción es importante, pues si sólo se presta atención al deseo en sí, lo que sucede en este libro, caen en el mismo saco impulsos por ventura demasiado diferentes.

Cuando se destacan sus aspectos fenomenológicos, caracteriza al deseo un malestar que tiende a un fin determinado -el cual basta para anularlo-, reclama toda la atención consciente y paga con agudo desagrado cualesquiera resistencias. Los vínculos que puede establecer con los sentimientos llegan a ser variados con extremo: los segundos surgen de aquél o llegan a crearlo. Su máxima virtud está en la anticipación, la posibilidad de plantear metas futuras, don que la inteligencia no hace sino dilatar. Es, en definitiva, la consciencia de una falta, implica una actividad cuyo máximo deleite se halla en ella misma, lo que de alguna forma justificaría, en mi opinión, la secular mala prensa que ha tenido entre las mejores mentes o en los espíritus templados en exceso. Por lo tanto, se diría imposible desligarlo de cierta consideración moral: ¡otra rara ambivalencia! Es imperativo, según el dictamen de Marina, que la racionalidad se imponga sobre él, puesto que son frecuentes las colisiones de distintos deseos entre sí y es asimismo necesaria la evolución, que mencionamos con anterioridad, del deseo al proyecto, por lo que ahora la investigación desemboca en el ámbito de la personalidad.

Al abordar este asunto el filósofo pone de manifiesto su espectacular erudición conformando un arco que arranca con la biología genética y llega hasta la psicología o la filosofía de la cultura. Admite, al respecto, un origen biológico de la personalidad, que es heredera de experiencias anteriores y en cuyos elementos se encuentran las funciones intelectivas, el temperamento o el sexo, y, a la vez, un

moldeamiento de aquélla que surge de la peculiar lucha que entablamos con el mundo. Este desdoblamiento se da igualmente en los impulsos que nos estremecen, muchos de los cuales proceden de la naturaleza mientras que otros los adquirimos merced a la presentación en sociedad que, tarde o temprano, llegamos a consumir. Por otro lado, es esta última la que proporciona los fines y las metas con que dirigir las naturales fuerzas que nos conmueven. Al llegar a este punto, nuestro pensador no se resiste a llevar a cabo una clasificación de los deseos humanos, afín a otras hazañas de intelectuales movidos por intereses semejantes a los suyos. Distingue en esencia tres: el de bienestar personal, el de relacionarse con los demás y el que lleva a ampliar las posibilidades de la acción individual. Muchos son los motivos que justifican tal relación: posibilitan la existencia de otros deseos, son reconocibles a lo largo de la historia o tienen un fundamento neuronal, entre otras razones.

Sin entrar a discutir las bondades de una clasificación que, en cualquier caso, considero digna de una mínima reflexión, me veo obligado a advertir de un craso defecto en ésta, que él no llega a percibir. Los tres remiten de una forma u otra al nudo egoísmo. Es verdad que resulta más evidente en el primero, en los impulsos que nos mueven a buscar la tranquilidad en un mundo acaso inestable con extremo. Pero no es menos cierto que la necesidad que sentimos de vivir en comunidades también redundante, en fin, en el desarrollo de nuestra propia individualidad. En cuanto se refiere a la persona la vida muda en convivencia, que es tan sólo el difícil arte de congeniar voluntades y aspiraciones que, por lo general, se contraponen entre sí. Kant resolvió la dificultad de conciliar las pretensiones que mueven a los individuos a alcanzar lo que pretenden con la inevitable sociabilidad que es, en definitiva, lo que posibilita su culminación mediante una expresión que las aglutinaba de un modo harto contradictorio, pero casi insuperable. A excepción de los insectos sociales, el resto de los animales gregarios conoce la competencia y la lucha, y si hay experimentos que, según Marina, demuestran un altruismo natural en el ser humano, por desgracia, hay otros que prueban precisamente lo contrario.

De ese deseo se deriva de un modo lógico el siguiente y último; el que nos mueve a multiplicar las posibilidades de acción. Coincide con la esencia de la persona y se puede rastrear en las doctrinas de Spinoza o Nietzsche. Con él, a grandes rasgos, podemos variar el entorno que dominamos e influir en los demás. Su máxima expresión está en el poder y convierte la experiencia humana, que es la búsqueda incesante de nuevas metas, en fenómeno metafísico, en pretensión de infinitud. Debo confesar que tal vez haya sido esta parte la que más me ha agradado de todo el libro, porque me resisto, sin duda, a dar la razón a la ingente caterva de pensadores y escuelas que han hecho de la metafísica poco menos que la bestia parda de nuestra disciplina. Aunque mis motivos no sean los del filósofo que comento, mi reivindicación de aquélla se basa en la consciencia de que la metafísica y la lógica (otro saber en bancarrota) no son sólo la sencilla estructura sobre la que descansa el pensamiento filosófico; en realidad, constituyen toda filosofía al revertir en sí misma, con independencia de otras teorías o actividades, y deben ambas su

razón de ser a las exigencias que el mundo nos impone en cuanto aspiramos a comprenderlo. Cuando nuestro filósofo afirma que quizás sea la posibilidad el factor determinante para especificar el ser de la humanidad, inaugura una investigación sobre las problemáticas relaciones entre la contingencia, la necesidad y la realidad digna de llegar a buen puerto, y de la que yo, por las inevitables limitaciones que se le imponen al reseñador, me veo en la obligación de prescindir. Al menos por ahora.

Estos tres deseos, en fin, tienden a la interacción, a la mezcla y a la expansión, merced a una serie de leyes. A primera vista, resulta difícil distinguir en éstas los deseos de las necesidades. Se diría que los primeros no dejan de ser sino una peculiar evolución de las segundas, un fenómeno diverso y colorido tras el que se oculta la temible majestad del nómeno. Al mismo tiempo, deseos y necesidades mantienen una peculiar relación dialéctica basada en la ampliación y el crecimiento mutuos. Así, siguiendo a Marina, el deseo que nos mueve a conseguir automóviles, electrodomésticos o ropas caras trata de suplir necesidades básicas: la supervivencia o el afán de protagonismo. El lujo supondría el nefasto efecto que se produce cuando tal relación se trastoca y genera falsas carencias.

El análisis de este último es agudo y en absoluto intempestivo. Mas, ¿cae del lado de los deseos, de las necesidades o de los caprichos? Sus opiniones son ambiguas. Por poner un ejemplo: llevar una corbata (o un velo), ¿suple una carencia? Y si es así, ¿cuál es? Por el contrario, si se trata de meros caprichos, ¿por qué están determinados socialmente? ¿Por qué son indispensables para participar en ciertas ocasiones o para demostrar la pertenencia a comunidades muy específicas? ¿Qué desea el que usa tales prendas? ¿Denota una diferencia singular o se arrodilla ante las modas o las cosmovisiones de una supuesta intemporalidad? Confieso mi impotencia a la hora de dar una respuesta a estos interrogantes, pero me temo que Marina tampoco nos saca del dilema. Comparto su opinión de que los mecanismos de propaganda y publicidad de la sociedad de nuestra época imponen deseos espurios y necesidades inexistentes. El problema estriba en saber cuándo nos hallamos ante antojos pasajeros o cuándo frente a insuficiencias ineludibles.

Por otro lado, los deseos se hibridan dando lugar a peculiares combinaciones; el ansia de saber puede tener su origen en el afán de notoriedad que también conmueve al sabio. El hábito los incentiva y responden asimismo a estímulos y gratificaciones, pueden ampliarse mediante los proyectos y no se sacian jamás. A grandes rasgos, éstas son las leyes que según nuestro autor regularan la capacidad desiderativa en nosotros; sin embargo, tal y como están planteadas, es complicado suponer que rigen a esta última y no a la simple necesidad.

Para tratar de resolver semejante complicación, el filósofo fija ahora su atención en la tentación y la seducción, acaso los mayores aliados que tiene el deseo, y que no hacen sino demostrar la diferencia entre éste y la necesidad. Pues tentar y seducir es presuponer, de una manera u otra, la libertad de la persona que se pretende

conseguir y a la que de alguna forma hay que *burlar*. Entramos dentro de lo humano por excelencia, prescindimos de esa fuerza ciega que parece dominar a la naturaleza en su conjunto. No obstante, seducir y tentar ¿no remiten, en definitiva, a las necesidades, en especial a las sexuales? Acto seguido se nos advierte empero de la importancia de luchar contra los propios impulsos, los cuales de alguna forma señalan una infinitud que sin duda la humanidad pretende. Esa sed de infinito, ¿no es uno de los muchos síntomas con los que se revela el fatigoso morbo que denominamos la necesidad? El bienestar individual, nos dice, parte de necesidades, se amplifica en deseos y se vuelve arborescente a través de los proyectos. Sin embargo, siempre cabrá preguntarse si los dos últimos no forman parte de una estrategia que la astucia de la razón concibe para satisfacer a las primeras.

Mención aparte merecen sus reflexiones sobre el sexo. La sexualidad es, de antemano, un hecho orgánico, aunque sufre una peculiar trascendencia que la conduce a una expansión superior combinada con otros impulsos. Supone una búsqueda que está allende el placer y marcha en pos de la aventura, el orgullo o la excitación. De la misma manera en que los animales encerrados, libres de los peligros que acechan a toda vida salvaje, pueden entregarse sin cortapisas al deleite sexual, asimismo nosotros, enclaustrados en una sociedad basada en el bienestar y en el fin de la inestabilidad propia de otras épocas, nos sumergimos en la noche del alma que supone la primacía del sexo sobre cualquier otra cosa, con una obstinación que puede resultar acaso impúber pero que refleja el esplín, la monotonía existencial que asola nuestra era. En la actualidad, se puede decir que los roles sexuales se han trastocado hasta el punto de que han perdido la fundamentación ontológica que tuvieron antaño. La modernidad, entre otras cosas, supuso la descalificación del marco epistemológico que las mitologías (y en ellas incluyo a las religiones establecidas) impusieron tradicionalmente a la humanidad en cuanto ésta pretendía dotar de sentido al mundo, a la vida, a los individuos que la componen, etc. Lo que sin duda comportó un cuestionamiento radical de las características que, desde el origen de los tiempos, se han ido adjudicando a cada uno de los dos sexos. Esto no quiere decir que nos veamos inmersos en una realidad sexual en esencia plástica, que cada uno haya de decidir cuál será el objeto de sus preferencias sexuales. Tan sólo nos obliga a preguntarnos qué significa, en última instancia, ser hombres o mujeres hoy. Cuando Marina ve en el ámbito sexual la intersección de los tres deseos básicos mencionados con anterioridad, y lo sitúa en el reino de la posibilidad, se limita a señalar un camino merecedor de una investigación más profunda.

Propone al fin nuestro autor la creación de una sociedad ideal fundada en proyectos racionales y compartidos que pudieran muy bien tener por origen a los mismos deseos, por lo que pesa sobre éstos una complicada ambivalencia, la cual, por cierto, sobrevuela a sus anchas por todo el libro. Uno de los epígrafes que inaugura la obra recoge parte del mito sobre la torre de Babel, una lectura profunda donde las haya, pues el hombre mítico reconocía también el poder de que gozan los seres humanos a la hora de modificar con portentosa habilidad tanto su

entorno como a sus respectivas personas. El problema estriba en que ese don, al que llamamos progreso, surge del propio deseo. Si pretendemos rechazar al segundo nos privaremos del primero. Así, el objeto al que remiten nuestras potencias deseantes es tan oscuro como la causa de las mismas. Su definitiva valoración dista mucho de sernos dada de una vez por todas y sin el menor número posible de ambigüedades. Acierta el filósofo, y es de justicia reconocérselo, al plantear esta temática en estrecha relación con la actual sociedad de consumo, que, hoy día, se halla colapsada por una crisis de magnitud multinacional. Si a ello sumamos que otro de sus libros, un trabajo con el que abordaba el fenómeno religioso: *Dictamen sobre Dios*, vio la luz poco después del ataque terrorista a Nueva York, inicio del auge del fundamentalismo islámico que todavía nos conmueve, conviene concluir afirmando que nuestro autor posee la rara virtud de la anticipación, de prever crisis futuras aun en estado germinal. Una inquietante presciencia de la que han hecho gala los pensadores más grandes.

Juan Manuel Checa

SFPUB